

rari enviado de Génova; de M. Belluoni, enviado de Luca; de M. de Maillardoz, ministro helvético; de M. de Souza, enviado de Portugal; de M. d'Oubril, encargado de negocios de Rusia; de M. Lewington, ministro de los Estados-Unidos; del baron de Stamb, enviado de Wurtemberg; del baron de Dalberg, ministro de Baden; de M. d'Hervaz, encargado de los negocios de España y Etruria; de M. Marescalchi, enviado de la república Cisalpina, y de M. de Malsbourg, enviado de Hesse-Casel. La diplomacia británica fue condenada por los representantes de todas las potencias de la Europa, aunque algunos tuviesen relaciones secretas con la Inglaterra.

El 31 de marzo, M. de Mongelas, principal ministro del elector de Baviera, dirigió á M. Drake la copia impresa de su correspondencia con Mehée, y le informaba por una nota: « Que el elector, atendiendo á su propia dignidad, á su honor y al interes de su pueblo, le declaraba que, desde este momento le era imposible comunicar con él » y admitirle en adelante en su corte..... »

El elector de Wurtemberg siguió el ejemplo de la Baviera, y el ministro ingles Spen-

cer Smith huyó vergonzosamente de Stuttgart. Jamás la opinion de la Europa se halló tan ilustrada sobre ninguna maniobra política, como lo fue sobre la que entonces manchó el honor del gabinete de San James.

El segundo informe del ministro de la justicia al primer cónsul acababa del modo siguiente: « Pido pues con instancia, y como lo requiere mi obligacion para con vos, ciudadano primer cónsul, que el gabinete tome medidas para que Vickam, Drake y Spencer Smith no puedan ser admitidos por ninguna potencia amiga de la Francia, bajo cualquier título ó carácter que sea. Los hombres que predicán el asesinato y fomentan disturbios civiles, los agentes de la corrupcion, los misioneros de la rebelion contra todos los gobiernos establecidos, son los enemigos de todos los Estados y de todos los gobiernos; el derecho de gentes no existe para ellos. »

Lord Hawkesbury gefe del gabinete británico contestó á este informe, y se atrevió á declarar:

« Que todo gobierno sábio tenia la obligacion de aprovechar los descontentos que existen en los paises, con quienes se halla en

» estado de guerra, y que por consiguiente  
 » debe auxiliar y fomentar los proyectos de  
 » los descontentos. »

De manera que el ministro ingles tuvo la osadia de sancionar, por una de sus actas públicas, todo cuanto contenian los dos informes del gran juez de Francia. La doctrina de lord Hawkesbury, que no era otra cosa que la escuela de los asesinos, dió lugar á una réplica fulminante de parte de M. de Talleyrand que cubrió de vergüenza al gabinete de San James, sin que por eso guardase el silencio.

Tal fue en globo, y con sus pormenores, el episodio terrible que distrajo la atención pública de los conspiradores del Temple. Sin embargo, y á pesar de la impresion que hizo en todos los ánimos la muerte del duque de Enghien, no tuvo consecuencia ninguna. Ningun empleado civil, militar ó eclesiástico, ni tampoco ninguno de los que despues han procurado con sus escritos ó su silencio justificarse de haber tenido parte en esta catástrofe, pensó entonces en ofrecer su dimision.

El emperador de Rusia, en su calidad de mediador y de garante de la paz continental, protestó contra la invasion del pais de Baden,

y notificó su protesta á los Estados del imperio. Estaba poderosamente auxiliado, en este paso importante, por el rey de Suecia yerno del elector de Baden y por el gabinete de Londres, que se atrevió á intervenir en esta reclamacion, aunque se hallase todavía manchado con los delitos de sus agentes diplomáticos. Cuando el respeto para la moral universal puede favorecer sus intereses, ninguna potencia manifiesta mas conciencia que la Inglaterra. La corte de Petersburg se vistió de luto con motivo de la muerte del duque de Enghien. Una tercera coalicion se estaba preparando. Los acontecimientos siniestros que habian tenido lugar en Francia, y los nuevos peligros en que una guerra continental iban á sumergir á la Europa, tenian su origen, me atrevo á decirlo, en la resolucion tomada por la Inglaterra de no ejecutar el tratado de Amiens. Este atentado político es el mayor que hayan visto en ninguna época las naciones civilizadas. La historia está fundada en declarar que la ejecucion del tratado de Amiens por la Gran Bretaña, hubiera evitado el pleito de Moreau y la sentencia del duque de Enghien. Pero la historia dirá tambien, que el aconteci-

miento de Ettenheim, inútil cuando menos por el descubrimiento de las maquinaciones de Drake, contaminó esta hermosa época consular, en que Bonaparte habia recibido con tanta justicia los votos y los homenajes de la Francia y de la Europa.

Pero la anulacion del tratado de Amiens anunciaba otras calamidades; Bonaparte se sintió como herido de un rayo por el rompimiento de la paz. Conoció que á esta paz, comprada con tantos sacrificios, se seguirian unos combates perpetuos; sondeó el porvenir con unos ojos irritados y le vió implacable para siempre. Desde entonces discurrió que, ni la Francia ni él mismo, hallarian bastante seguridad con el amparo de la dictadura republicana, y llamó á su auxilio á la dictadura imperial.

La violacion del tratado de Amiens, y el advenimiento de Napoleon al imperio se levantaron de repente como dos fuerzas desconocidas, cuya víctima habia de ser el orden social. Estas dos causas encerraban en sí los mas temibles elementos que hubiesen conmovido á los hombres desde las guerras de religion. El genio de Napoleon le incitaba á subir siempre,

y el de la Gran Bretaña á cabar constantemente el abismo bajo los pasos de su enemigo. Estos dos colosos chocando siempre en la atmosfera europea, hasta la ruina necesaria de uno de ellos, parecian habersido creados por la imaginacion gigantesca del Dante ó de Camoens. El mundo entero habia de tomar parte en la lucha, bajo cuyos auspicios empezaba el imperio.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.